

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Miércoles, 01 de Abril de 2009

“... la guerra, ha terminado...”

Hoy se cumplen setenta años del final de nuestra guerra civil. El 1 de Abril ha sido considerado un día de fiesta nacional hasta hace no demasiado tiempo. El día de la Victoria del ejército franquista servía para homenajear a aquéllos que triunfaron en el campo de batalla. Y aquéllos vencedores desfilaban mientras un país empobrecido, entristecido y moribundo, no podía más que aplaudir. Eran aplausos que sonaban más a disparos que a vótores. Eran vótores que carecían del entusiasmo y la alegría que caracterizan a las celebraciones patrióticas. Simplemente, el pueblo celebraba el final de la guerra. El final de una guerra que había desgarrado el país durante casi tres años. Pero, aunque oficialmente ya no hubiera enemigo al que combatir, el estado de guerra se mantuvo en el país hasta 1948. Comenzaba otra guerra diferente. Comenzaba la persecución.

Tras la derrota de los ejércitos republicanos en la batalla del Ebro, en noviembre de 1938, la República comenzó un proceso de disolución final que aceleraría el final del conflicto español. No había ejército que oponer a los triunfadores. Franco había salvado su propio pellejo sin saberlo. Durante la ofensiva del Ebro, algunos militares nacionales y algún agregado militar alemán, sugirieron el relevo de Franco al frente del Estado nacional. La aviación de que carecía la República fue lo que otorgó la victoria al ejército franquista. A partir de ahí, las puertas de Cataluña quedaban abiertas. Y la caída de Cataluña significaba el principio del fin de la guerra. Aunque la clave seguía siendo Madrid.

Desde finales de 1938 Madrid apenas era bombardeado con bombas. Los nacionales, conscientes del efecto desmoralizante que tendría sobre una población hambrienta, optaron por bombardear la ciudad con pan. Estas armas resultaron ser mucho más peligrosas que las de verdad. Porque en la memoria colectiva del Madrid del final de la guerra, las lluvias de pan no podían significar sino la pronta llegada de los salvadores. La resistencia madrileña aguantaría unos meses más. Pero negarse a aceptar lo inevitable hubiera sido como la repetición de una *Numancia*. Madrid ya no tenía más fuerzas para resistir. El precio hubiera sido demasiado alto. Ya había sido demasiado alto.

Tras la caída definitiva de Cataluña, entre enero y febrero de 1939, el gobierno republicano presidido por Negrín tomó el camino del exilio. El único organismo de gobierno republicano que permanecía fuerte en el territorio español era la Junta de Defensa de Madrid, presidida por el Coronel Casado. Pero durante el mes de marzo, ya no había bombardeos sobre Madrid. Corrió el rumor de que la Junta estaba negociando una rendición incondicional. Mucho se ha especulado sobre el tema. Pero parece aceptado que el coronel Casado mantuvo contactos con los nacionales durante meses. Fruto de esos contactos, a buen seguro, se produjo la rendición de Madrid. En definitiva, esa era la clave de todo el conflicto: la caída de Madrid. La capital pudo haber sido tomada en agosto de 1936, habiendo finalizado la guerra en ese mismo instante. Pero se prolongó *sine diem* hasta 1939. Lo cierto era que Madrid ya no estaba blindada. Los soviéticos ya no insertaban ayuda militar a los republicanos. Los últimos asesores militares se retiraron de Madrid a principios de 1939. Madrid tenía todo dispuesto para capitular: apenas había milicianos dispuestos a seguir combatiendo; ya no había munición con que defender la ciudad; no había un gobierno al que obedecer; no había pan que comer y no había más espacios en las fosas comunes, para rellenar. Madrid era una ciudad que llevaba casi tres años sitiada, casi tres años asediada, casi tres años bombardeada y casi tres años esperando a ser tomada.

El 27 de marzo, el coronel Casado decidió rendirse a las fuerzas nacionales. La mejor prueba de que Madrid ya no estaba dispuesto a defender a una República que se había exiliado, era que la orden de Casado no fue desobedecida por ninguna de sus fuerzas. Es más, la noticia fue acogida con un gran júbilo por los madrileños. Por fin se veía la luz al final del túnel. Posiblemente, las gentes que aplaudían a las columnas nacionales eran republicanos, pero se sentían en cierto modo, traicionados por el gobierno republicano.

Como se esperaba desde un principio, la caída de Madrid tuvo un efecto dominó sobre el resto del territorio que aún estaba bajo el dominio, aunque solo fuera de forma nominal, de los republicanos. El 28 de marzo cayó Guadalajara, Cuenca y la provincia de Toledo. El 29 de marzo se tomó Ciudad Real, Albacete y Andalucía Oriental. Entre el 30 y el 31 de marzo cayeron Murcia, Alicante, Castellón, Valencia y la totalidad de las Baleares. Todo el territorio español quedaba a expensas de los nacionales. El 1 de abril se leyó a través de Radio Nacional, el último parte de la guerra:

“En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército Rojo, han encontrado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, 1º de abril de 1939. Año de la Victoria. Generalísimo Franco.”

Tras la guerra llegó la represión. Las cárceles se llenaron de soldados republicanos y de acusados de judaísmo, ateísmo, masonería y de rojos. Los juicios fueron sumarísimos, y las condenas a muerte se contaban por decenas. Hasta 1945, Franco ejecutaba a una quinta parte de los condenados. Solo el cambio producido en la Segunda Guerra Mundial le hizo aminorar y ralentizar las ejecuciones (hasta 1942 Hitler estaba ganando la segunda guerra mundial, pero tras la derrota nazi en Stalingrado, Franco cambió de política exterior, a favor de Estados Unidos y Gran Bretaña). Hasta mediados de 1948, se mantuvo el estado de guerra. Fueron los años más duros de la represión. La Cruzada o guerra santa que Franco había iniciado frente a la chusma atea (rojos) se prolongaba por nueve años. La cicatriz más visible de esos años la tenemos en Madrid. Es el Valle de los Caídos. El mausoleo que se hizo construir Franco, de forma gratuita, con el trabajo forzoso de los presos de la cárcel Modelo, con los cuerpos de los muertos en el proceso de construcción, sigue siendo el recuerdo de unos tiempos que, afortunadamente, ya han pasado. Pero sobre todo, unos tiempos que sabemos, ya nunca más volverán.

Pero para que no vuelvan, es necesario recordar cómo fueron, sin dejar en el tintero ningún ápice del horror que los caracterizan. Sería, por tanto, en mi opinión, un error, derrumbar el Valle de los Caídos. No podemos borrar nuestra Historia. No podemos olvidarla. Y estoy seguro de que, quienes protagonizaron esos momentos, quienes los vivieron, no quieren olvidarlos, ni quieren que sean olvidados. No quieren olvidar el último adiós de sus padres o abuelos antes de ser fusilados. No quieren olvidar el sufrimiento que soportaron en la construcción del Valle de los Caídos. No quieren olvidar todo aquello por lo que lucharon, y por lo que fueron derrotados. Y sobre todo, lo que hoy en día somos, lo somos en gran medida, como consecuencia de todos aquellos acontecimientos. La ley de memoria histórica tiene su parte buena, y su parte menos buena. Su parte buena, porque, en justicia, se retiran estatuas y nombres en calles y plazas de quienes fueron hechos héroes por los vencedores. Pero la parte mala es que se crea un precedente que, personalmente, me parece muy peligroso. Porque siguiendo la misma línea, podríamos eliminar de nuestras calles y plazas personajes como Felipe II, Carlos V, Isabel II o el general Espartero, por poner solo unos ejemplos. Felipe II parece que asesinó a su hijo Carlos y a su hermanastro Juan de Austria, aparte de las represiones contra los moriscos, los judaizantes, etc, etc, Carlos V promocionó enormes carnicerías en Europa e Italia. Pero también en América. Isabel II mantenía un negocio de trata de esclavos negros en Cuba. El general Espartero organizó matanzas de carlistas y bombardeó sin piedad Barcelona en 1843. He querido expresar, con esto, que aunque no veo mal la ley de memoria histórica, no obstante, corremos el riesgo de eliminar toda nuestra Historia. Y ese sería el mayor error: olvidar nuestros orígenes.

1 de abril de 2009. Víktor.